

prójimos, era consiguiente probar la ayuda que teníamos en ellos, para las buenas letras, que son tan necesarias para los ministerios de los prójimos.

CAPÍTULO IX.

QUE EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES TENEMOS GRANDE AYUDA PARA APROVECHAR Á NUESTROS PRÓJIMOS.

DE lo dicho en los capítulos pasados consta claramente, que en los ejercicios espirituales, no solamente está la primera semilla en que estaba encerrada la virtud, para producir este árbol tan hermoso y tan grande de nuestra Compañía, no solamente está la planta y el modelo de este tan grande edificio, y no solamente los medios con que nuestros novicios han de crecer en el espíritu, y aprovecharse nuestros estudiantes en las letras, sino tambien las armas con que han de pelear estos soldados, y reducir las almas á la obediencia y servicio de su Criador. De la cual nos advierte el mismo bienaventurado santo padre y fundador nuestro en la cuarta parte de las Constituciones, cuando dice: *En dar los ejercicios espirituales á otros, despues de haberlos en sí probado, se tome uso, y cada uno sepa dar razon de ellos, y ayudarse de esta arma, pues se ve que Dios nuestro Señor la hace tan eficaz para su servicio.*

Cosa seria larga y fuera de nuestro propósito contar las conversiones de pecadores, los llamamientos al es-

tado perfecto de la Religion, las reformationes de vidas y las obras insignes de piedad que se han hecho por medio de estos ejercicios, de que está llena la historia general de la Compañía de JESUS, y las historias particulares y anuas de las provincias, y cada dia lo vemos con los ojos y tocamos con las manos. Los que han hecho los ejercicios espirituales enteramente, (esto es, todas las cuatro semanas por espacio de treinta dias), no han sido muchos; pero hubieran sido muchos más, si fueran admitidos á ellos; y no han sido admitidos por ser pocas las personas que tienen las condiciones necesarias para hacerlos como hemos dicho en su lugar. Pero esos pocos, como eran personas de mucha capacidad, y entraban con buena disposicion, así como tierra fértil y bien cultivada, han recompensado la pequeñez del número, con la copia y abundancia del fruto; porque han salido de los ejercicios no solamente aprovechados y enseñados y del todo mudados, sino tambien admirados; y como decia aquel sapientísimo doctor Ortiz, despues de haber sido muchos años maestro de otros, se habia hecho discípulo del bienaventurado san Ignacio, y aprendido en treinta dias una nueva teología (no tanto para instruir el entendimiento, quanto para inflamar la voluntad y reformar las costumbres), que hasta entonces no habia llegado á su noticia. Y aunque el número de estos, como he dicho, no ha sido muy grande; pero halo sido sin número el de los que han hecho los ejercicios de la primera semana, así de religiosos y religiosas en sus conventos, como de seglares que se han recogido en nuestras casas, ó han sido instruidos para hacerlos en las suyas; y el fruto que han sacado lo dicen sus obras y la mudanza de sus vidas, y no menos sus pala-

bras; porque salen hechos predicadores de la virtud y de los mismos ejercicios, persuadiendo á sus amigos y compañeros, que los hagan, y dándoles nuevas del tesoro que ellos en pocos dias, y no con mucho trabajo, han descubierto.

Y aunque este provecho de los que se han recogido por ocho ó por treinta dias, es grande y de mucha estima; pero si he de decir lo que siento, no es el mayor que ha resultado de estos ejercicios: más general es y á más personas se extiende, y en él tienen parte todos los que tratan provechosamente con los operarios de nuestra Compañía. Porque así como no es buen médico el que cita muchos textos, y alega muchos aforismos, y habla muy sutilmente y mucho de su facultad, ni menos el que jugando ó con buena conversacion sabe entretener al enfermo; sino aquel que le receta el remedio conveniente, y aquello que debe hacer para alcanzar la salud, lo cual aunque se hace muchas veces con pocas palabras, pero nunca con poca ciencia y sin mucha consideracion y atencion para conocer la enfermedad y el enfermo, y saberle acomodar y aplicar la medicina; así tampoco no es uno buen operario porque sabe hablar mucho, ni menos porque es hombre de buen gusto y de buena conversacion, y sabe entretener los que le visitan, y ganar para sí muchos amigos; sino porque sabe recetar á cada uno aquello en que segun su estado y disposicion se debe ejercitar para la salud de su alma. De aquí nace aquel modo tan provechoso de dar ejercicios, que los que los reciben sienten el provecho sin advertir ni saber que los hacen. Y este es el oficio principal de los médicos espirituales á que deben atender sin divertirse en otras cosas: enseñar á unos cómo han de leer en los libros provechosos; á otros cómo han de rezar

sus devociones y oraciones vocales; á otros cómo han de meditar sin peligro y con provecho. Platicarles los varios modos de orar y de examinar la conciencia, los remedios para curar los vicios y desarraigar los malos hábitos y reformar las costumbres, el esfuerzo con que han de mortificar las pasiones, el cuidado con que han de ejercitar las virtudes, y la solicitud con que han de atender á las obligaciones de su estado, qué frecuencia de sacramentos les será más provechosa, y cómo se han de disponer por la confesion y para la sagrada comunión; finalmente, no se contente con dar á los que tratan con él palabras que oigan, sino tareas que cumplan y cosas en que se ejerciten: porque esto es propiamente darles los ejercicios, de los cuales ejercicios está lleno este libro con mucha variedad y con grande abundancia.

Y como estos modos de ejercitarse que hemos tocado sean generalmente comunes á todos los cristianos, de ahí se saca la causa porque el fruto que se ha sacado de este libro, no ha sido particular en algun género de estados ó de personas, sino comun en todos estados, en todas personas y en todos oficios; y así no es posible que falten testigos de abono, donde son tantos los que por este medio han recibido beneficio. Unos libros hay que hablan con gente aprovechada en la virtud, que los que los que no lo son, no solamente no se pueden ayudar de ellos, pero aún apenas los entienden; otros de tal manera enseñan á la gente vulgar las cosas ordinarias y comunes, que son de poco uso para los que aspiran á la perfeccion, y casi de ningun provecho. Unos tienen doctrina para los religiosos, que no hablan con los seglares; y otros al contrario de tal manera hablan con los casados y seglares, que no tienen doctrina para los eclesiásticos y religiosos. Pero este libro (no digo leído, sino

ejercitado, que por eso se llama *Ejercicios*) y estos ejercicios hechos conforme á las reglas y á la enseñanza de este libro, son provechosos y lo han sido para despertar á penitencia los pecadores, y purificar á los que se convierten, y para aprovecharse en las virtudes los que se han purgado de la vida pasada, y para perfeccionar á los que se han aprovechado. De él se han ayudado los religiosos y los casados, los eclesiásticos y los seglares, los mancebos y los de mayor edad, los doctos y los indoctos, los hombres y las mujeres, los que quisieren tomar estado de nuevo y los que ya le tienen y quieren reformarse en él. Por lo cual el venerable P. Fr. Luis de Estrada de la órden del bienaventurado san Bernardo, en una carta que escribió sobre la muerte de nuestro santo Padre, de que se hace mencion en la historia general¹, dice que estos ejercicios son como el noviciado de todos los hombres. Porque así como las religiones tiene cada una su noviciado en que ejercitan sus novicios, y los componen y amoldan á su instituto y modo de vida; así en estos ejercicios son instruidos generalmente todos los hombres para cumplir con sus obligaciones, y procurar cada uno en su estado la vida perfecta.

Para concluir con este punto tenemos en esto un testimonio gravísimo del sumo pontífice Paulo III en el breve de la aprobacion de estos ejercicios, donde afirma que ya en aquel tiempo, (que era por el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho), algunos años despues de confirmada la Compañía de Jesus, el santo padre Ignacio y sus compañeros hacian en la Iglesia de Dios nuestro Señor, por todo el mundo, grande y copiosísimo fruto; y que para esto tenían, no cualquier ayuda, sino

¹ Hist. Soc. tom. I, lib. 16, n. 127.

grande en los ejercicios. Y las palabras del Pontífice, que juntamente contienen la aprobacion de estos ejercicios, son las que se siguen: *Nosotros habiendo hecho examinar estos documentos y ejercicios, hallamos por el testimonio y relacion que se nos ha hecho, que están llenos de piedad y de santidad, y que son en gran manera útiles y saludables para la edificacion y aprovechamiento espiritual de los fieles, teniendo tambien el debido respeto al copioso fruto que Ignacio y la Compañía, que él ha instituido y fundado, hacen continuamente en la Iglesia por todo el mundo, y á lo mucho que para esto han ayudado los mismos ejercicios, inclinados á los ruegos y suplicas sobredichas, de nuestra cierta ciencia con la autoridad apostólica, y por el tenor de las presentes letras aprobamos, alabamos, y con el amparo de esta presente escritura defendemos los sobredichos documentos y ejercicios, y todas y cada una de las cosas en ellos contenidas.*

Esto se ha dicho brevemente de los grandes provechos que la Compañía ha sacado de estos ejercicios, así para ayudar á los suyos en espíritu y en letras, como para ayudar á la salvacion y perfeccion de los prójimos; mas porque algunos hay que piensan y dicen, que encarecemos esto con demasía, y que damos á este libro más excelencia de la que su autor jamás pretendió ni pensó, será bien decir algo de lo que el santo Padre sintió y juzgó de este su libro de los *Ejercicios*.

CAPÍTULO X.

DE LO QUE NUESTRO SANTO PADRE IGNACIO SENTIÓ DE SU LIBRO DE EJERCICIOS.

PARA los que bien conocen la humildad de corazon y moderacion que nuestro santo Padre tuvo en sus palabras, ningun argumento hay mayor de la excelencia de este libro, que el testimonio que el mismo santo Padre dió siempre de él así de palabra como por la obra; porque usaba de estos ejercicios y hablaba de ellos, no como de cosa suya propia, sino como de cosa dada é inspirada de Dios nuestro Señor para el bien de las almas. Principalmente si miramos las obras, que es testimonio más eficaz, y de que nuestro santo Padre tuvo mucho más que de palabras, hallaremos que de estos ejercicios se ayudó él mismo en los principios de su conversion, y los hizo con tanta exaccion y reflexion sobre cosas tan menudas y particulares, que los pudo escribir en la forma que ahora los tenemos. En estos ejercicios perseveró hasta que fundó la Compañía, pues en ellos le descubrió Dios la traza de esta religion. De los mismos se ayudó para escribir las Constituciones, dando leyes por una parte de aquellos actos de virtudes á que se enderezan los ejercicios, y por otra guardando puntualmente en sus determinaciones las reglas de la eleccion, y lo que más es, este mismo modo de ejercitarse guardó toda su vida; pues de él se cuenta, que solia decir al fin de ella: No sé cómo os va á vosotros con estas reglas

de los ejercicios, que yo siempre me he hallado bien con ellas; y que hasta el dia en que murió hizo su exámen particular, y tenia sus cuentas para apuntarlo. De este provecho que él experimentaba en sí, nacia el consejo que daba á los otros; porque de las puertas adentro para criar en la Compañía obreros tan perfectos como deseaba, no se ayudaba de otro instrumento sino de éste. Con los ejercicios examinaba los que habian de entrar, para ver si eran á propósito para la religion; con los ejercicios los formaba cuando entraban; con los ejercicios los reformaba si desfallecian; con los ejercicios los adelantaba en espíritu cuando perseveraban; y con los mismos ejercicios los disponia para hacer provechosamente los votos y profesion los que se incorporaban; y esta práctica que él guardó toda la vida, nos la dejó por leyes en las Constituciones.

Cuanto á los prójimos, es cosa cierta que lo que de ordinario trataba con ellos, era darles algunos ejercicios conforme á la capacidad y disposicion que tenian. De lo cual no es pequeña prueba el cuidado con que aquellos primeros padres que trataron y conocieron y se criaron con nuestro santo Padre, el cuidado, digo, que tenian de convidar y persuadir á todos á hacer los ejercicios, y el trabajo que ponian en dárselos. Porque lo que ellos hacian, era lo que vieron y aprendieron de su maestro. Del cual sabemos, que haciéndole un dia fuerza en Paris un doctor para que jugase con él á los trucos, vino finalmente en el juego, con tal que el que ganase tuviese al otro por un mes á su obediencia; y ganándole con esta condicion el juego al doctor, le ganó tambien para Dios el alma, porque le rogó y persuadió, que se recogiese este mes á hacer ejercicios. Pues ¿qué veras pondria en las veras, el que en el juego y en las burlas

persuadió á aquel doctor tan de veras que hiciese los ejercicios? Y aunque por estas obras descubrió nuestro santo Padre lo que sentia de ellos, más que por ventura pudiera con ningunas palabras; pero entre las pocas que él siempre hablaba, y dichas con tanto peso y consideracion, notarémos aquí algunas, por las cuales se vea lo que él sentia de este libro.

Y en primer lugar pongamos el título del libro, que dice así: *Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por aficion alguna que desordenada sea.* Y qué llame aquí ordenar su vida, dícelo más claramente en la anotacion primera donde dice así: *Todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las aficiones desordenadas, y despues de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposicion de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales.* Las cuales palabras son un breve comentario del título del libro, porque conforme á ellas lo que dice en el título, *Vencerse á sí mismo, es quitar de sí las aficiones desordenadas,* y lo que dice, *ordenar su vida,* es lo mismo que *hallar la voluntad divina en la disposicion de su vida para la salud del ánima;* porque entonces está bien ordenada la vida, cuando se sujeta nuestra voluntad á la divina, y el cuerpo al alma, y la vida temporal á la eterna. Pues si conforme á esta portada es todo el edificio, y la carta contiene en la verdad lo que muestra el sobrescrito, ¿qué cosa más grandiosa puede ser en este género que esta portada, y este sobrescrito que dice: *Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo, esto es, para quitar de sí todas las aficiones desordenadas, y ordenar su vida conforme á la divina voluntad para salud de su ánima?* No se puede creer que nuestro santo Padre fuese arrogante en poner este título, y que á sabiendas y por vana ostencion pu-

siese nombre á este libro, que declarase más de lo que habia en él, y prometiese más de lo que podia cumplir. Y si el título no es arrogante, sino que cuadra bien con la verdad, ¿qué cosa más excelente puede haber en razon de enseñanza espiritual que la que contiene este libro? Porque no dice, ejercicios espirituales para tener muchos gustos y sentimientos de Dios, para recibir muchas consolaciones de su mano, para alcanzar la inteligencia de los secretos celestiales; no dice nada de esto, sino, para vencerse á sí mismo. Así como es propio de los padres el poner nombre á sus hijos, así de los autores ponerle á sus libros, porque saben lo que contienen, y el fin y el intento de ellos; y nuestro autor nunca puso los ojos en la devocion y consolaciones divinas, de lo cual aunque él tuvo mucho deseo que lo tuviesen todos, pero no quiso que fuese éste el principal intento del que se ejercita, sino la mayor gloria de Dios y el cumplimiento de su santa voluntad, sin desviarse un punto de esto por ninguna aficion desordenada, haciendo servir á este fin las consolaciones y desolaciones, las sequedades y devociones, y todos los demás afectos espirituales por levantados que sean; y conforme á esto puso nombre muy conveniente al libro: *Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo.* ¡O excelente soldado, y digno de ser honrado y premiado de su rey, que habiendo sido llamado de la milicia temporal á la espiritual, siempre meditaba batallas y victorias y triunfos, no para sujetar unos hombres á otros, sino para sujetarlos todos á la voluntad de Dios; ni para alcanzar prosperidades del cuerpo, sino la salud eterna del alma; ni para poseer más reinos en la tierra, sino para conquistar el reino del cielo! *Nova bella elegit Dominus.* Este género de guerra es nuevo y no usado en el mundo, donde el mismo que pelea

es el enemigo contra quien pelea; y tanto es mayor esfuerzo el vencer, cuanto el que vence es el mismo que queda vencido. «Porque mejor es, dice Salomón ¹, el varón sufrido, que no el valiente; y el que es señor de sí mismo, que no el conquistador de ciudades.» Y bien se deja entender que las armas de esta pelea no son carnales, como dijo el Apóstol ², y en otra parte dice ³: Vestíos con las armas de Dios. Y si las armas son espirituales, también lo será el ejercicio de ellas, como lo dice nuestro título: *Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo, etc.* ¿Qué resta sino que los que se hallaren necesitados de pelear consigo, y de vencer alguna pasión desordenada, acudan á este libro por armas y aprendan de él el uso y el ejercicio de ellas? Y si con la gracia de Dios salieren por este camino con la victoria, entenderán por sí mismos la excelencia del libro; y si despues de haberlo probado les pareciere que no llega la verdad á lo que promete el nombre, por lo menos entenderán lo que juzgó de él su autor cuando se le puso, que es lo que ahora pretendemos.

CAPÍTULO XI.

DE OTRO TESTIMONIO DE NUESTRO SANTO PADRE SOBRE LA EXCELENCIA DE LOS EJERCICIOS.

EL segundo testimonio es en la cuarta parte de las Constituciones, capítulo octavo, donde nuestro santo Padre dice así: *En dar los ejercicios espirituales á otros,*

¹ Prov. XVI, 32. — ² II Cor. X, 4. — ³ Eph. VI, 11.

despues de haberlos en sí probado, se tome uso, y cada uno sepa dar razon de ellos, y ayudarse de esta arma, pues se ve que Dios nuestro Señor la hace tan eficaz para su servicio. En las cuales palabras se pueden ponderar algunas cosas. Lo primero, la modestia con que nuestro santo Padre da testimonio del fruto que se seguia de los ejercicios, tanto y tan manifiesto, que se veia con los ojos, y ninguno lo podia negar: *Pues se ve, dice, que Dios nuestro Señor hace esta arma tan eficaz para su servicio.* Lo segundo, la fuerza que pone en que los nuestros se ayuden de ella para provecho de sus prójimos, pues quiso que quedara por ley y por constitucion, y que se contare este ministerio entre los demás que debe usar la Compañía por razon de su instituto. Y así en la séptima parte, capítulo cuarto, donde trata de los ministerios con que los de la Compañía han de ayudar al prójimo, nombra expresamente este de los ejercicios espirituales. Y en la parte cuarta, capítulo octavo, donde trata de instruir nuestros estudiantes en los medios de ayudar á sus prójimos, pone las palabras que hemos referido, donde manda que tomen uso en dar los ejercicios espirituales á otros.

Y no menos se deben ponderar estas mismas palabras, *Que se tome uso;* en las cuales se da bien á entender cuán dificultoso sea el dar á otros los ejercicios con provecho, pues es cosa que pide uso; el cual no fuera menester, ni el negocio tuviera tanta dificultad, si no hubiera que hacer más que platicar puntos para la meditacion; porque esto tiene tan poco fondo, que algunas veces se hará mejor remitiendo al ejercitante al libro, como se hace con los que están algo más instruidos. Que sea pues dar los ejercicios, bastantemente queda dicho en todo este tratado, donde se ha declarado toda la traza é intento de este libro, y las partes que ha de